

K (feat. J.L.B)

Cuando abro los ojos, dos sensaciones contiguas, casi superpuestas, pero sucesivas, al fin y al cabo, me invaden. Primero, el miedo de no saber quién soy, dónde me encuentro, qué día es. Inmediatamente después –casi al mismo tiempo, como dije–, saber que soy el viejo mago, que es la cárcel (profunda y de piedra), que es un día cualquiera del siglo XVI. Vengo de otro sueño, pero esa idea se desvanece al mismo tiempo que la pienso, y ya no vengo de ningún lado que no sea mí mismo, ese que soy actualmente. Un pasado empieza a fluir, unas cicatrices aparecen en mi cuerpo, una edad. La creación de todo esto es tan rápida que, aunque me doy cuenta que ocurre, dudo que haya sucedido realmente: pienso que soy víctima de la imaginación torpe del que recién se levanta. Sí, no hay duda, esta es mi vida, esta ha sido siempre.

Me toco para reconocerme. Todo está oscuro, es imposible reflejarme, pero el espectador, por esa magia del cine –y de los sueños–, logra ver mi barba de meses como si fuera de siglos, mi rostro arrugado, la boca reseca, el pelo sucio, áspero, raído. Sé que pronto se abrirá la trampa en lo alto y bajarán el agua y la comida; entonces veré al jaguar, como ayer, como siempre –ya lo dijo el otro: esta cárcel ha borrado los días anteriores a la cárcel.

Recuerdos que no son míos me acometen, difusamente. Sé, pero no sé cómo, que esto ya me había sucedido en otras vidas, es decir en los *días* anteriores, desde no sé cuándo. Pero hay una alucinación parecida a una certeza que siento como se sienten las cosas por primera vez: este es el último sueño, la última vida. Entonces se abre la trampa, entra la luz, veo al jaguar, y entiendo que la alucinación ha sido depositada en mí por el último de los dioses. Me siento agotado, como si mi vida fuera la de todos los hombres que han sido, pero la certeza me da cierta fuerza para pasar el día sin afán, y, al mismo tiempo, con expectativa. Camino entre los muros, de un lado a otro, para cansarme y dormirme pronto.

El día se ha hecho largo –la humedad, el calor–, pero al fin siento que podré dormir. Me acuesto sobre el piso de piedra, incómodo... el sueño tarda, pero llega. Los recuerdos que no

son míos ahora lo son. Todos: la mujer abandonada, la traición del amigo, la flor atrapada en aquel concierto, los naufragios, el delirio de mi hermana, los suicidios, los ridículos, la tristeza, las lanzas, las guerras perdidas, el violín. Por primera vez soy todos los que he sido. Estoy en un cuarto infinito, negro pero iluminado, y una puerta, antigua y moderna a la vez, se erige al alcance de mi mano. No hay nada más en todo el universo. Sé, *como se saben las cosas en los sueños*, que detrás estoy yo, finalmente. Es el momento fundamental de mi vida, de mis vidas. Estoy ansioso, pero seguro, sin miedo. Abro la puerta, y un resplandor implacable sale del otro lado. Doy un paso adentro y detrás la puerta se cierra. Apenas por un fragmento de tiempo mínimo lo veo todo blanco, enceguecedor, vacío: no hay nada, no estoy. Salgo de ahí expulsado con la fuerza de un cometa. Cuando abro los ojos (que nunca cerré) me reencuentro con la música, las montañas, el baile, gente que reconozco: ella, el pequeño monje budista, el dinosaurio, los demás. Han pasado dos o tres cuartos de hora.